

Fernández Retamar, Roberto. *Toda la luz, toda la sangre. Antología (1948-2017)*. Edición de Selena Millares. Madrid: Visor Libros (Colección Visor de Poesía), 2018, 346 páginas.

Roberto Fernández Retamar murió en La Habana el 20 de julio de 2019. Para los interesados en el proceso cultural latinoamericano aún parecía ser sobre todo el autor de «Calibán», el famoso ensayo publicado por primera vez en el número 68 (septiembre-octubre de 1971) de la revista *Casa de las Américas*, titulado *Sobre cultura y revolución en la América Latina* y explícitamente derivado de la disputa suscitada meses atrás por el encarcelamiento y la autocrítica del poeta Heberto Padilla. Fernández Retamar dirigía esa revista desde su número 30 (mayo-junio de 1965) y había hecho de ella un bastión contra la penetración cultural del imperialismo norteamericano. «Calibán» fijó definitivamente la escisión de los escritores latinoamericanos del momento al dar a los personajes de *La tempestad* de William Shakespeare una significación actualizada, muy diferente a la que en 1900 les había asignado José Enrique Rodó en su ensayo *Ariel*: ahora Calibán —el caribe, el caníbal— ya no era el símbolo del materialismo anglosajón, sino del hombre de América Latina, utilizado por Próspero, el colonizador, en provecho exclusivo de sus intereses, con la complicidad de Ariel, que aquí resultaba identificado con el intelectual, cuyo papel en las sociedades subdesarrolladas o del tercer mundo habría que revisar, incluso frente a los planteamientos de la izquierda cómodamente asentada en los países colonizadores.

No es esta una ocasión oportuna para precisar qué escritores quedaron del lado de Calibán y de la Revolución, y qué otros fueron relegados a la condición de cómplices del imperialismo. Sí resulta inevitable constatar que Fernández Retamar quedó identificado para siempre con las propuestas culturales del castrismo y ligado a su suerte, adversa en la medida en que el paso del tiempo fue dando al régimen cubano una condición anacrónica. Pero olvidar lo que significaron “Calibán” y otros ensayos suyos supone desconocer una etapa de la cultura hispánica de innegable interés, es apostar por la ignorancia, como lo es desdeñar una obra poética siempre eclipsada por su significación política. No me ha faltado ocasión de seguir la trayectoria de Fernández Retamar también en este aspecto, desde que en los años cincuenta se mostrara inmerso en las inquietudes existenciales propias de aquella época, para acusar después la “humanización” exigida por el proceso revolucionario triunfante en Cuba desde enero de 1959, y hasta la conciliación de esas opciones desde los años ochenta en una práctica poética enriquecida de madurez y por ello también novedosa.

Anoto estas consideraciones mientras leo *Toda la luz, toda la sangre*, la antología que la Colección Visor de poesía publicó en 2018 con ese título, que es un verso y cuya elección es el primero de sus aciertos. La excelente presentación “Poeta y lumbre: Roberto Fernández Retamar”, de Selena Millares, es sobre todo una vindicación de la actividad cultural y de la obra literaria del autor en sus variadas facetas, y sobre todo de su poesía, cuyos matices y alcance quedan breve y sin embargo minuciosamente señalados, también en lo que se refiere al proceso seguido. La selección permite al lector verificar ese proceso desde sus inicios, con dos poemas previos a *Elegía como un himno* (1950), hasta su final, con tres posteriores a *Aún* (1995), el último poemario que conozco en sentido estricto, al margen de antologías o recopilaciones diversas y de la novedades o cambios que las ediciones de cada libro o antología suelen ofrecer. Integrado en la “Generación del 50”, el joven Fernández Retamar hizo suyas las inquietudes existenciales y deseos de transcendencia que José Lezama Lima y otros escritores aglutinados por la revista *Orígenes* habían impuesto en Cuba, con sus apropiación peculiar de la tradición poética hispánica, desde Garcilaso de la Vega a la generación del 27, y libertades expresivas como las que él podía encontrar más o menos ligadas al surrealismo o a la variada y siempre personal poesía de César Vallejo. Es lo que confirman las muestras de *Patrias*, de *Alabanzas*, *conversaciones* y de otras publicaciones de los años cincuenta recogidas aquí por Selena Millares, en una proporción superior a lo que las antologías de Fernández Retamar suelen ofrecer: otro de los aciertos de esta selección, valoración positiva que cabe extender a todo el conjunto, en el que no he percibido ausencia alguna que yo pueda considerar significativa.

Inevitablemente, la poesía de Fernández Retamar se vio afectada por el proceso revolucionario que desde 1959 exigía atender a la realidad de cada día para hablar de patriotismo y de esperanza, lo que obligaba a

dejar atrás cualquier registro hermético o intimista, y a apostar por la manifestación de inquietudes de significación colectiva en un lenguaje coloquial, comunicante o conversacional. Con frecuencia se ha valorado esa deriva como un esfuerzo para acercar la poesía al pueblo, sujeto que nunca he conseguido identificar. Prefiero creer que los mejores representantes de la poesía conversacional no relacionaron esa orientación con concesiones a la facilidad o a la ignorancia, sino más bien con una búsqueda de precisión que llevó a una sencillez expresiva aparente o real, fruto precisamente de la depuración del lenguaje: necesitaban decir algo, y el modo de decirlo no debía ser un obstáculo ni una distracción a la hora de transmitir su mensaje. Sin olvidar que algunos de los poemas seleccionados pertenecen a la etapa anterior, desde la sección correspondiente a *Sí a la revolución* a la dedicada a *Circunstancia de poesía* el lector de *Toda la luz, toda la sangre* puede encontrar un testimonio suficiente de lo difícil que a Fernández Retamar le resultó esa búsqueda de un nuevo registro expresivo, desarrollada a la vez que se reflexionaba sobre ella, para que la historia pasada y presente irrumpiera en los versos a la vez que un *nosotros* colectivo trataba de desplazar (casi siempre sin éxito) al *yo* individualista del poeta, y cuando el optimismo revolucionario intentaba dejar atrás la indagación en el destino humano y otras inquietudes metafísicas.

Tengo la impresión de que Fernández Retamar se sintió más cómodo en la etapa “postcoloquialista”, cuando la poesía cubana pudo volver a una expresión más lírica, o más reflexiva y atenta a la intimidad, etapa que en su caso se inició con *Juana y otros poemas personales* (1981). He revisado las primeras ediciones cubanas de ese poemario y de *Aún* para constatar los aciertos de la selección recogida en *Toda la luz, toda la sangre*. El registro conversacional era ahora el dominante, al menos al principio, pero el paso del tiempo lo había vuelto menos apto para la exaltación épica de las gestas revolucionarias que para la evocación nostálgica de un pasado perdido, impresión a la que desde entonces contribuiría el creciente número de poemas dedicados a evocar a los amigos muertos o aún sobrevivientes, o a los viejos amores aunque no se hubieran agotado todavía, o simplemente a recuperar experiencias, espacios y tiempos a los que la memoria y el poema prestaban una vaga y melancólica ilusión de permanencia. Resulta significativo el epígrafe requisado a André Breton que precedía a la primera sección de *Aún*: “J’ai trouvé le secret / De t’aimer / Toujours pour la première fois”. Selena Millares incluyó en su antología una muestra considerable de ese poemario, enriquecido con adiciones posteriores a sus primeras ediciones, lo que permite confirmar el alcance y la exigencia de una poesía que volvía a oscurecerse no tanto porque en ocasiones abandonara el registro comunicante (que también), como por la dimensión personal de las experiencias que la inspiraban (inclusa las relacionadas con la literatura y con los escritores), de cuyas claves a veces solo el círculo íntimo del poeta estaba en posesión.

Mejor que en esta reseña, los lectores encontrarán en el prólogo de *Toda la luz, toda la sangre* las razones literarias que justifican o hacen necesaria la lectura de los poemas de Fernández Retamar. Me atrevo a insistir en las razones históricas: olvidar esa obra equivale a desconocer en alguna medida el pasado reciente de la poesía en lengua castellana y de las circunstancias que la determinaron. Las relacionadas con la Revolución cubana no han sido ajenas a la biografía de quienes alcanzamos el uso de razón antes de 1959, incluso cuando no se ha sido consciente de ello. No es este último mi caso: leer los poemas de Fernández Retamar es constatar que ese pasado algo tiene que ver conmigo, y que con frecuencia los afectos, amistades y meras relaciones de su autor han sido y aún son los míos. Para recordármelo ahí están las voces de Juana de Asbaje, de José Martí, de Rubén Darío, de César Vallejo o de Julio Cortázar, y también —quizá desvaneciéndose— las de Nancy Morejón, de Luis Rogelio Noguerras o de Raúl Hernández Novás, por mencionar a algunos de los muchos escritores que aparecen en sus poemas; también está la voz del propio Roberto Fernández Retamar, y nada mejor puedo decir en memoria y reconocimiento del poeta y de su obra.

Teodosio Fernández  
Universidad Autónoma de Madrid  
teodosio.fernandez@uam.es